

Breve introducción al pensamiento de Nicolás Gómez Dávila

Nicolás Gómez Dávila escribe desde las posiciones que denomina “reaccionarias”. Según su opinión ser reaccionario en nuestro tiempo consiste en oponerse a las ideas de igualdad y libertad ilimitada, de progreso y democracia, de materialismo, socialismo, capitalismo y revolución. Con otras palabras: oponerse a todo lo que se considera actual y universalmente aceptado. Por otro lado ser reaccionario está fuertemente vinculado con el sentimiento de propia impotencia.

El pensador se aparta decididamente de todo lo contemporáneo y mantiene que incluso el conservadurismo carece de sentido porque en el mundo moderno casi no hay cosas dignas de ser conservadas. En su opinión, vivimos en la época de la barbarie completa, época llena de falsos dioses y sus profetas, y de ideas viles y estúpidas. Claro está que incluso hoy se pueden encontrar las últimas huellas de la antigua cultura de Occidente, pero hacia esas huellas el hombre moderno tiene la actitud inequívocamente negativa y anhela eliminarlas tan pronto como le sea posible. En esta situación los reaccionarios, privados de influencia sobre la realidad, tienen solamente una misión: conspirar. Sin embargo, la conspiración no puede reducirse a aumentar el caos revolucionario, sino que debe consistir en guardar el legado cultural y civilizador, ese fermento del que milagrosamente –la intervención de Dios le parece a Gómez Dávila imprescindible– algún día podría renacer la estructura sana del universo humano. En su trabajo de comentarista Nicolás Gómez Dávila no busca novedades, sino las verdades antiguas y comprobadas, las verdades que llama “lugares comunes”.

Según el autor de los escolios la situación de los reaccionarios ha empeorado considerablemente después del II Concilio Vaticano (1962 – 1965). La Iglesia pre-conciliar comprendía que su tarea primordial era proclamar el Reino de Dios y oponerse al mundo corrompido por naturaleza. Mientras que la Iglesia post-conciliar ha firmado una alianza con el mundo y ha empazado a pudrirse. El pensador colombiano rechaza rotundamente los cambios litúrgicos, en particular la abolición del latín, porque piensa que el rito es más importante que las palabras y que la participación de los fieles se acerca demasiado a la profanación. Aunque Gómez Dávila está auténticamente escandalizado y asustado por lo que denomina la “protestantización”, democratización y secularización de la Iglesia Católica y critica la Iglesia actual sin piedad, hay que señalar que a diferencia de la mayoría de los críticos contemporáneos el solitario de Bogotá combate desde dentro de la Iglesia.

Gómez Dávila odia la democracia y le contrapone la antigua sociedad feudal cuya ampliamente desarrollada estructura jerárquica permitía disfrutar de la auténtica libertad. La libertad, según el reaccionario, consiste en libre elección del amo. El pensador mantiene que la jerarquía es algo natural y bello, y que únicamente la sociedad jerárquicamente ordenada puede ser buena y realmente reflejar el sano organismo vivo. Gómez Dávila recuerda que antes estaba en la cabeza de la sociedad la aristocracia que se destacaba por la experiencia acumulada durante siglos, por la valentía y el gusto. En las manos de los mejores se encontraba la responsabilidad de otros grupos sociales y la licencia de hacer uso de la fuerza.

Entretanto ahora todo sucede, según Gómez Dávila, en el ambiente absurdo del igualitarismo y la ilimitada libertad, y la única –porque bien organizada– clase social real es la burocracia que oprime todas las demás. Otro problema de nuestro tiempo es la muchedumbre –mantenida en el hervor revolucionario y sometida a las manipulaciones políticas, económicas y psicológicas– que es capaz de imponer todas las soluciones. Lo trágico es que ahora se trata de ocultar los valores eternos, antes vigilados y cultivados por los mejores, con los nuevos, ratificados en los plebiscitos populares.

Nicolás Gómez Dávila se lamenta de la fealdad del mundo moderno, del mundo en el que se olvida de lo bueno, lo verdadero y lo bello, y se alaba lo chillón o simplemente lo útil. En vez de las catedrales, los castillos, los conventos y los palacios se construyen horribles objetos utilitarios que, traicionando la vileza de las almas de sus constructores, embotan la sensibilidad y corrompen el gusto de los demás. Casi todo el arte moderno, según el pensador, está pendiente de la

moda y predisposto a satisfacer los instintos más bajos del público. De vez en cuando resuenan todavía algunos ecos del bueno y noble arte clásico, sin embargo esto suele ocurrir sobre todo por casualidad. Los artistas, como la mayoría de la gente que se ocupa de la “producción cultural”, están depravados, carecen de la educación, anhelan el aplauso y los provechos materiales. En consecuencia, son estériles. El reaccionario frecuentemente se refiere a la creación artística de los siglos pasados. Percibe en ella los valores que le permitían al individuo desarrollar y conservar su propia humanidad, y encontrar lo trascendental: en última instancia, encontrar a Dios. Hay que señalar que el pensador colombiano reconoce el arte como el último baluarte de la tradición: porque todo es destruible, salvo lo bello que es inmortal.

Gómez Dávila dedica mucho espacio a la filosofía. Se puede arriesgar la tesis de que él mantiene el diálogo con todos los filósofos importantes del pasado y expresaba su opinión respecto a casi todos los básicos problemas filosóficos. Para él, filosofar es intentar responder siempre a las mismas preguntas con un vocabulario cambiante. Pero cree que para cultivar una gran reflexión filosófica se necesita no solamente la competencia técnica y la capacidad de analizar, sino también el talento literario y la habilidad de utilizar las metáforas. Nicolás Gómez Dávila es enemigo de todas las corrientes del pensamiento humano que ignoran la complejidad y la pluralidad interna de la realidad humana. Se opone a los monismos, los racionalismos parciales, los grandes sistemas idealistas. Está en contra de los materialismos, los utilitarismos y los determinismos. De entre los pensadores que rechazaban sistemáticamente los conceptos teístas, sólo siente auténtica simpatía – por lo menos da esa impresión– por Nietzsche, porque considera que solamente este filósofo es plenamente consecuente y verdaderamente valiente.

Gómez Dávila presta mucha atención a Marx, cuyos logros reconoce, y a los marxistas, a quienes juzga malogrados y arribistas. El reaccionario estima altamente a Platón y a los pensadores cristianos que se basaron en su enseñanza. Además, aprecia a filósofos como Descartes, Pascal, Kant y Schopenhauer. Gómez Dávila advierte las consecuencias funestas de las doctrinas estoicas, hegelianas y las relacionadas con la Ilustración francesa.

El solitario de Bogotá se presenta como pensador teocéntrico, que en el conflicto entre los racionalistas y los voluntaristas se identifica con los últimos, destacando constantemente el carácter fundamental de la gracia y de la obra redentora de Cristo. Él no puede aceptar ni la tendencia actual de situar al hombre en el centro del universo, ni el gnosticismo. Tampoco comparte la fe moderna en la fuerza liberadora del progreso y el desarrollo científico y técnico. En cambio, espera un milagro y pone su confianza en la eficacia de la plegaria repetida con paciencia.

En sus comentarios Nicolás Gómez Dávila toca una gran variedad de temas y cuestiones, y es imposible enumerarlas todas aquí. Concluyendo, pues, quisiera subrayar que para mí lo más importante en la obra del pensador colombiano es que se puede ver en ella la epifanía del espíritu de la cultura europea y occidental, el espíritu heleno, latín y cristiano, el espíritu que en el Viejo Continente parece estar en agonía. Y la divulgación de los escolios que presenciamos hoy día se puede considerar un milagro gracias al que también nosotros tenemos la oportunidad de divisar los fundamentos casi olvidados de nuestra conciencia, las bases que a menudo desaparecen bajo las pilas de basura y escombros. El “texto” deconstruido y mancillado muchas veces es simplemente inalcanzable, sin embargo quedan los escolios que nos ofrecen su esencia. Creo que los volúmenes que nos ha dejado Nicolás Gómez Dávila pueden jugar el papel de la llamada a volvernos a nuestras auténticas raíces. Quien ama la profundidad y la claridad de esos tomos no parará hasta que no llegue a su fuente subyacente.

Krzysztof Urbanek